

EDITORIAL



ABIENDOSE propuesto destacar la **Revista Nacional de Educación**, en cada uno de sus números monográficos, un aspecto preeminente y peculiar de la cultura hispánica, estudiado por los mejores especialistas del tema, no podía faltar en esta serie, que irá apareciendo continuamente, el **Teatro Español**.

Y no sólo por la importancia que su desarrollo opulento tiene en la literatura hispana, sino porque, con el Romancero, la Mística y la Novela Picaresca, constituye un género literario típico de ella y de renombre universal.

Sin embargo, este número, dedicado al teatro, no se ha limitado a presentar su evolución desde el punto de vista meramente histórico—ya de por sí atrayentísimo—, pero que no tendría para nosotros la vitalidad necesaria. Por el contrario, además de insertarse en él unos estudios dedicados a los aspectos y momentos más salientes de su historia, se enfocan en otros los problemas atañentes al teatro actual: su carácter político, su música como elemento dramático, su dirección escénica, su montaje, decorados, figurines, luminotecnia, edificios, museos del teatro, etc., trayendo a un primer plano informativo y crítico, desde donde el público, no técnico, pueda percibirlo y conocerlo, todo cuanto constituye el mundo teatral, con sus acaecimientos, sus innovaciones y sus necesidades.

Era realmente preciso este conjunto de diversos asuntos escénicos que, en los momentos actuales, recorriera el velo con que para la mayoría aparecen cubiertos, y que presentándolos desentrañados ante las gentes, permita a éstas valorar, con opiniones y sugerencias ulteriores, la nueva etapa teatral que en estos tiempos surge en nuestra literatura.

La literatura dramática contemporánea se mueve hoy en un ambiente técnico mucho más amplio y complejo que nunca. Todo elemento estético y afectivo contribuye a la totalidad de la creación dramática, y conseguir ésta no es más que vencer—difícil victoria casi siempre—una serie de dificultades diversísimas que solamente los técnicos pueden explicar con su experiencia.

Por otra parte, en España, concretamente, el arte dramático presenta, con estos mismos problemas del teatro universal, el suyo particular de hallar una ruta creadora, propia, inconfundible, armónicamente unida a una cultura y un estado nacientes, en que se libere del lastre, ya inútil, que arrastraba como una triste herencia fin de siglo y no se engañe creyendo luces propias los reflejos más o menos directos de las literaturas dramáticas europeas, y aun americanas, que acechan en las traducciones al público en general.

Todos conocemos los indiscutibles avances del Teatro en España actualmente. Debe declararse, aun por los más contumaces en el pesimismo—por razones más o menos turbias—, que nunca tuvo, en la época contemporánea, mayor amplitud y más altas calidades que ahora. Existen dos teatros oficiales bajo la protección del Estado—el veterano Español y el Nacional, de creación reciente—, con medios económicos antes desconocidos para tales fines, cuyas direcciones y compañías han conseguido una tónica de depuración estética y social a que nunca se había llegado, superándose cada vez a sí mismas con máximo empeño y singular eficiencia educativa. A los autores ya consagrados, que siguen su ruta triunfal—Benavente, Borrás, Jardiel Poncela, Machado, Marquina, Pemán, Mariano

Tomás, etc., etc.—, se unen otros nuevos—Emiliano Aguado, Ginés de Albareda, Joaquín Calvo Sotelo, Escotado, Agustín de Foxá, José Vicente Puente, Torrente Ballester y alguno más—cuyas primeras producciones dramáticas han sido rotundos éxitos y, en fin, otros más jóvenes aún—Ayesta, García Luengo, Ruiz Iriarte—, cuyas obras, ya conocidas en publicación, esperan la confirmación escénica favorable a que les dan derecho sus magníficas dotes de dramaturgos ya demostradas, formándose así una espléndida escuela de arte dramático nacional, en que con un sentido creador, netamente hispano, cada autor aporte su definida personalidad propia.

Porque el problema del teatro ha sido siempre en España un problema nacional—más que otros temas de su literatura—, ya que nacional, esto es, popular, en su más alto sentido, fué siempre nuestro teatro peculiar, discernido felizmente por su ideología y creación dramáticas de los demás teatros del mundo. Y en este caso, el interés que puede despertar en los lectores esta revisión, enfocada sobre la escena, desde todos los puntos de vista posibles, por técnicos especializados en cada materia, presentará una eficacia innegable.

Ahora en que el nuevo teatro ha logrado desentenderse de elementos dramáticos gastados, y dramaturgos, nuevos también, surgen en publicaciones o en el escenario, con indiscutible éxito que la crítica celebra, es necesario que todos les alentemos con nuestras opiniones sinceras y nobles, orientadas en estas páginas en que, en cuanto ha sido posible, se presenta vivo, acucioso, el mundo extraordinario e inagotable de la literatura dramática, uno de tantos como descubrió y formó España para ventura de la Humanidad.